

LOS CONEJOS, CHISTERA EN RISTRE, RAPTAN AL PRESTIDIGITADOR

Por el Dr. Bungalou Lumbago A`tresbandas. Doctor en Pataphysica

© 1998.(8473 desde el reinado del Padre Ubú).

El Dr. Bungalou pretende con este mini ensayo teórico-práctico acribillar a los acaudalados bienpensantes de la razón imperante, esto es, a los fervientes defensores del más común de los sentidos que, si para un perro es el sentido del olfato, ya que es en estos mamíferos donde juega un papel preponderante en la hora fatal de la reproducción, sin embargo, hete aquí, que para los hombres y mujeres este sentido es el sentido común, llamado así por la excesiva facilidad con la que prende en los espíritus que se pliegan ante la promesa de un provechoso destino.

Los Doctores en Pataphysica, siempre ojo avizor, si acaso pertrechados bajo el parche del disimulo ante su malcarada gobernanta, es decir, ante su conciencia, la cual recibe en el vestíbulo de su cerebelo de 12 a 14 hrs., recogen con los dedos de su mano mas próxima el hilo de saliva que se balancea como una red entre sus labios y el vacío y lo aplican como agua de Mayo hacia las regiones mas inferiores de su conciencia que huye engalanada por la prodigiosa longanimidad de su adversario, es decir, de su propio Doctor (ya se sabe: todo Doctor en Pataphysica tiene su propia conciencia aunque el Doctor se empeñe en negarlo repetidamente).

Los hechos serán los siguientes: cariacontecidos como un erizo ante una batalla campal van los pasajeros de los autobuses regulares camino de sus ocupaciones habituales. Es un lunes por la mañana, Cronos tuerce la nariz, dan las ocho. El trolebús para, abre sus puertas automáticas y un Doctor en Pataphysica sube -vestido impecablemente con un disfraz de conejo de la mejor calidad- saca una zanahoria y busca sitio para sentarse; es muy temprano, esto no son horas, ni siquiera para un Doctor en Pataphysica disfrazado de conejo.

Todos los asientos estaban ocupados pero ¡ Oh Novedad ¡ ahora están totalmente libres; sus ocupantes se han enderezado dando su primer salto en todo el semestre y se han sujetado de las argollas que el autobús concede -invitando a la horca- para sus huéspedes en un gesto de cortesía sin par.

El Pataconejo se acomoda en el mejor asiento del autobús ¿? y espera pacientemente.

El conductor masca tabaco, lo hace desde mucho tiempo atrás, así pues, no se

apercibe de lo que ocurre a su alrededor. Otra parada. Nadie se apea; al contrario otro Pataconejo sube y, al estilo inglés, se sienta dos filas mas allá de su congénere. No se hablan; ni se han mirado; esta circunstancia ha calado profundamente en el ánimo de los presentes inyectándoles el aguijón que lleva el veneno de una creciente curiosidad.

La escena se repite solemne y meticulosamente durante 7 estaciones más. Hay 9 Pataconejos en el interior y, ahora, los pasajeros ya no son los mismos aunque numéricamente la cifra sea idéntica a la que existía cuando apareció el primer conejo-doctor.

Ninguno ha abandonado su puesto, sin embargo, muchos serán despedidos de sus trabajos, otros dejarán -esa mañana- los pechos de sus amantes en carne viva, los más se habrán librado de otra deuda..... un crimen ?, un amor ?, las reprimendas del sastre ?.....

En el exterior, un viandante -al ver el autobús repleto de conejos- realiza un acrobático doble salto mortal y acto seguido aborda -en su aterrizaje- a una pacífica viejecita a la que sin más miramientos le entrega toda su ropa y desaparece misteriosamente de la calle ocultándose en el alcantarillado.

De pronto un espasmo general penetra en los hocicos de los Pataroedores, hay gritos y alboroto; un zorro, falda escocesa y jersey a cuadros, acaba de subir portando una carpeta llena de planos y un escalpelo. A su vez, los 9 Pataconejos apretujados en la parte trasera lanzan ortigas diminutas -que extraen de su chistera- sobre tan inoportuno mamífero.

La situación se complica y los conejos presionan repetidamente “parada solicitada”. El conductor frunce el ceño, escupe tabaco y frena. Las puertas se abren y los Doctores-conejos corren despavoridos; mientras, el zorro, animal de costumbres, se acomoda al lado de una señorita de exagerada fragata y, con la excusa de los planos y el escalpelo entabla animada conversación.

Una vez mas el desorden público ha sido restablecido; pero ahí no acaban las Patafechorías. Los conejos se desprenden del traje de conejo y los Doctores en Patahysica reaparecen deslumbrantes con la sonrisa de Humpty Dumpty dibujada en el semblante.

Advierten a un Magistrado que se dirige plácidamente -después de sus 6 condenas diarias- con el deber ungido, a su camita a descansar donde le espera su mujer, una abogada de la patria, con un callo muy molesto en el pie derecho y un esternón de campeonato con el que enamoró a nuestro hombre.

De otro costal, dos calles más allá los Doctores divisan a un honrado pastelero que a fuerza de manipular el azúcar ha endulzado las formas de su rostro de raíz y ahora es tan hermoso como un efebo griego.

¿Qué hacer? ¿Cómo corromper radicalmente las vidas de estos dos individuos

sin que lo noten?. Muy fácil. Atacaremos desde el exterior. La mecanización de sus existencias hará el resto.

Así pues, los Doctores en Pataphysica dispondrán de los siguientes elementos: una escalera, una brocha, un pincel mediano y un bote grande de pintura. Esto y un cierto grado de habilidad será suficiente. ¿Cómo? pensarán ustedes. He aquí la solución: Supongamos que el Magistrado (MA) vive desde hace 15 años en la calle de las Transparencias Imperativas y el Panadero (PA) en la calle del Hongo Dulzón. Un simple intercambio del nombre de las calles utilizando los materiales antes indicados conseguirá que nuestros hombres varíen su trayectoria y aparezcan en una casa que no es la suya. El hábito unido a la pereza y a la nula capacidad de asombro implantará rápidamente la nueva situación en sus mentes como costumbre lógica y abrumadoramente vana. Todo el entorno volverá a adaptarse fácilmente como se adhieren las lapas a las rocas del litoral. Esto se haría extensivo a todas las calles, plazas y avenidas de cualquier ciudad confundiendo y trastornando las vidas de sus parroquianos. Es más, cada trimestre (u otro lapsus de tiempo elegido al azar) una brigada de Doctores en Pataphysica se encargará de volver a poner patas arriba el callejero municipal. El municipio, por tanto, caerá irremisiblemente en el precipicio del sin sentido y se habrá convertido en el lupanar -patrocinado por El Otro Ilustre Colegio Oficial de Pataphysica- con diversión gratuita de cualquier tendencia, que todos deseamos.

Schubert es acuoso.

Sin apenas descanso los Doctores abren los ojos nuevamente y.....

¡ ya es navidad !. Una idea, diabólica, embellece sus frentes con la agilidad propia del gamo del Ecuador.

Nos encontramos en el Salón de Actos Paganos del Ayuntamiento; es víspera de Reyes. Ya habrán adivinado que los 3 Reyes Magos que agasajarán a los infantes de la ciudad son ni más ni menos que otros 3 Doctores en Pataphysica convenientemente disfrazados de sus Majestades de Oriente. Y bien, hasta aquí todo normal. Pero, como el imán, lo normal atrae el cieno, cicuta del alma y alegría del Doctor.

Se trataría de tentar con citas de Ciorán y del Marqués de Sade los oídos tiernamente permeables de esos niños y niñas para que las caricias del baile enigmático de esas frases se pegaran como una calcomanía en las sinapsis virginales de sus cerebros y durmieran el sueño de la carnalidad hasta que en el fragor tumultuoso de la juventud explotaran, agravando así la situación empírica de sus semejantes.

Esos pequeños rasguños propiciados por el temor a lo insólito trotarán como

Ratoncitos Pérez en sus almas embriagadas y abiertas a todo y serán la dinamita que estallará impregnando de nubes de colorines las perlas dionisiacas que alientan el temblor pueril y libidinoso que transforma las actividades de la infancia en honda y sublime delectación, espoleando el deseo devastador de anteponer el siempre fascinante, gaseoso e inaudito principio del placer al principio -no muy simpático e incluso pernicioso- de la realidad.

Innecesario es agregar nada más.

Piénsenlo señoras y caballeros, qué sería de nuestra cultura y aún menos de nuestra civilización occipital si los Doctores en Pataphysica danzaran a sus anchas ejecutando estos actos a diestro y siniestro y muchos más que aún -no lo duden ustedes- reposan, prudentes, esperando el instante preciso para saltar implacables, arrebatando al vuelo los peluquines pragmáticos que yacen, hastiados, sobre las insípidas testas de nuestros contemporáneos.

¡ BUENAS TARDES !